

xii.—Pág. 101. La nueva Jerusalén no llora, etc...
Alusión á una hermosa medalla de Tito, que representa una palmera, con una mujer sentada y encadenada al pié del árbol: su leyenda es: *Judea capta.*

xiii.—Pág. 102. La reina de los ángeles.
Esto hace naturales y verosímiles los viajes de Cimodocea.

xiv.—Pág. 102. Yo soy Pánfilo de Cesarea...
Pánfilo el mártir, discípulo de Timoteo, y condiscípulo de Eusebio, el cual se ha nombrado ya entre los prohombres cristianos que encuentra Eudoro en Alejandria.

xv.—Pág. 102. Al pié del monte Aventino...
Todavía se enseña esta prision en Roma.

xvi.—Pág. 102. Cada día le llevaba nuevos compañeros...
De esta manera, un mismo acontecimiento reúne en Roma á todos los personajes: tales como Demodoco, Cirilo, Zacarias, el ermitaño del Vesubio, etc.; y pronto el cielo va á conducir á Cimodocea al lugar del sacrificio.

xvii.—Pág. 102. Aquellos confesores habian convertido la cárcel en iglesia.
Esta pintura de la felicidad de que gozaban en las prisiones es exacta. Fleury solo dará al lector curioso el medio de justificar todo lo que yo digo aquí. (*Cost. de los Cris. e Hist. Ecles.*)

xviii.—Pág. 102. El pontífice de Roma, desde un ignorado retro...
En todas las calamidades públicas, siempre hay algunas víctimas que se salvan del furor de sus enemigos: no se hallaban todos los cristianos encerrados en los calabozos durante las persecuciones, así como todos los franceses no estaban tampoco encarcelados en el reinado del terror.

xix.—Pág. 102. La hermosa y brillante Aglaé.
Este es el fin de la historia de Aglaé, de Pacomio y de Bonifacio, que principió en el libro quinto; y se va á ver también el fin de la historia de Ginés.

xx.—Pág. 103. Hijo mio, replicó el descendiente de Casio, etc.
Esta sencilla narracion de Zacarias está fundada en la historia. Constancio subyugó efectivamente algunas tribus de los francos, y los hizo pasar á las Galias, á las inmediaciones de Colonia.

xxi.—Pág. 103. La feliz reunion de Constantino.
Con esto se prepara el desenlace, y se anuncia el triunfo de la religion.

xxii.—Pág. 103. Valeria, habia sido desterrada al Asia.
Esto está conforme con la verdad, y separa de la escena á dos personajes que ya no eran necesarios. Unicamente se han recordado aquí para satisfacer al lector, que hubiera podido preguntar lo que habia sido de ellos.

xxiii.—Pág. 103. Deseando inducir á Diocleciano.
Ya se verá luego á Eudoro afearse este designio como criminal; pero entretanto sirve para conservar la esperanza en el ánimo del lector hasta el último momento; y recuerda al mismo tiempo el rasgo mas conocido y notable de la historia de Diocleciano. Era menester, por otra parte, según la regla dramática, que el héroe fuese culpable de una leve falta.

xxiv.—Pág. 103. No tardaron en descubrir...
Pasando yo á América con unos sacerdotes que huían de la persecucion, fui testigo de una escena poco mas ó menos semejante. Siempre que sobrevenia alguna tempestad, iban los marineros á confesarse con aquellos mismos hombres á quienes acababan de insultar.

xxv.—Pág. 103. El Salvador descubre la nave de Cimodocea...
La intervencion de lo maravilloso es aquí absolutamente necesario; pues sin ofender todas las conveniencias ni aun todas las verosimilitudes, no podia ir Cimodocea de su propio movimiento á buscar á Eudoro á Italia; pero el cielo, que quiere el triunfo de la cruz, conduce á esta inocente victima al lugar del sacrificio.

xxvi.—Pág. 103. El viento... hasta entonces...
Yo pinto en este naufragio mi propia aventura. Volviendo de América, se levantó una tempestad del Oeste que me echó en veinte y un días desde la embocadura del Delaware hasta la isla de Origny, en la Mancha, é hizo tocar la embarcacion en un banco de arena. En mi última navegacion, pasé sesenta y dos días para ir desde Alejandria á Túnez; toda esta travesía, hecha en medio del invierno, fue una especie de naufragio, continuó tres gruesas naves de Malta pericieron á nuestra vista, y la nuestra, que era la cuarta, se halló en sumo peligro. Esto es comprar algo caro, me parece, el placer de pintar la naturaleza.

xxvii.—Pág. 104. Las ondas se desplegan con uniformidad...
Es menester confesarlo; nunca he observado, en medio de las mas furiosas tempestades, ese caos, esas montañas de agua, esos abismos, ni ese estruendo que se ve en las tempestades que pintan los poetas. Yo no he encontrado mas que á Homero que sea veraz en estas especies de descripciones; casi todas se limitan á pintar la negrura de las olas. He observado, por el contrario, este silencio y esta especie de regularidad que describo aquí, y nada cabe tal vez mas espantoso. Algunos marineros á quienes he leído la descripción de esta tempestad, me ha parecido quedar muy satisfechos de la verdad de los accidentes. Los críticos que piensan que se puede imitar bien la naturaleza sin salir de su gabinete, están, á lo que creo, en el error. Cópiese tanto como se quiera un retrato fiel; nunca se podrán coger todas aquellas sombras ó quiebras de la fisonomia que solo puede dar el original.

xxviii.—Pág. 104. El inmediato escollo cambia al parecer de lugar...
Es necesario haberse encontrado en una situacion semejante para poder juzgar bien del gozo y del terror que se experimentan en un momento como este. Siento no tener la carta que escribí á Mr. de Chateaubriand, mi hermano, quien pereció con su abuelo, Mr. de Malesherbes. En esta carta le daba cuenta de mi naufragio, y en ella hubiera encontrado ahora algunas otras circunstancias que se han borrado ya de mi memoria, aunque esta me ha engañado pocas veces.

xxix.—Pág. 104. Arrojan al mar algunos sacos llenos de piedras.
Así es como detenian los antiguos sus bageles en fondos cenagosos. El ancla sagrada era un ancla reservada para los naufragios, llamada entre nosotros el ancla de la esperanza. Los antiguos han hecho muchas veces alusion á esta ancla sagrada, entre otros, Plutarco, que se complace en servirse de imágenes sacadas de la navegacion y de las embarcaciones.

LIBRO VIGESIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 104. No precedió á Cimodocea...
Hay muchos ejemplos de estos honores poéticos que se han tributado en la antigüedad á personajes distinguidos: citaré

xv.—Pág. 107. La reina de los ángeles la fija...
La intervencion de lo maravilloso era aquí absolutamente necesario, pues acaba, con las otras razones sacadas de la naturaleza de la escena, de hacer verosímil la presencia de Cimodocea en la galeria.

xvi.—Pág. 107. El prefecto de Roma que favorecia...
Esto hace natural esta seduccion, y le quita lo que hubiera podido tener de novela ó inverosimilitud. Dios, que va á castigar á Hiérocles, se sirve, como acontece por lo regular, de las pasiones de los hombres, y de un incidente extraño al crimen que él castiga.

xvii.—Pág. 107. ¿Tu hija es cristiana?
Terrible pregunta que decide de la suerte de Cimodocea.

xviii.—Pág. 108. Pero como sus traiciones no están bastante probadas...
Aqui se ven los inicuos arreglos de la conciencia de un hombre que no tiene la fuerza necesaria ni para ser enteramente virtuoso ni enteramente criminal.

xxix.—Pág. 109. Cuando un bajel ha naufragado. *Odissea*, lib. XXIII.
xx.—Pág. 109. Cantad, dijo... amigos mios...
Este anuncio del martirio por Zacarias, y en seguida por el lector, produce un género patético desconocido del politeísmo, y que sale de las entrañas mismas de nuestra admirable religion.

xxi.—Pág. 109. Angel de los santos amores.
Es el ángel que ha herido á Eudoro por orden de Dios, y por lo tanto era natural dirigirse á él para saber los sentimientos de Eudoro.

xxii.—Pág. 110. Eudoro, siervo de Dios, etc.
Esta es la fórmula de las cartas de los primeros cristianos. Pueden verse las epistolas de los apóstoles, y especialmente las de San Pablo, de las que se ha sacado esta fórmula, palabra por palabra. El nos estaba tambien usado en esta comunidad de hermanos desgraciados.

xxiii.—Pág. 110. Corta el hilo de su tela...
Véase á Job, Ezequias, J. B. Rousseau.

xxiv.—Pág. 110. El primer año de la persecucion...
La persecucion de Diocleciano llegó á ser una era por la cual se han fechado muchos escritos de esta época.

xxv.—Pág. 110. ¡Te perderá tal vez y no es cristiano!
Eudoro es cristiano, y por eso es superior á la desgracia, pero sin ser insensible á ella.

xxvi.—Pág. 110. Hé aquí el saludo...
Fórmula de las epistolas apostólicas.

LIBRO VIGESIMO PRIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 110. Lozanas ramas de Eneldo y ceñida la sien con coronas de rosas...
Se pueden ver en Ateneo todos los pormenores sobre los banquetes y las coronas de los antiguos. El aneto de que se servian en los festines era bastante semejante al hinojo.

ii.—Pág. 110. El banquete de Alcibiades...
El banquete de Platon ha sido traducido por la abadesa de Fontevrault y por Racine. Faltaba el discurso de Alcibiades, y Mr. Geoffroy lo ha dado en su *Comentario* sobre Racine.

ii.—Pág. 104. Architas.
Gran matemático y célebre filósofo pitagórico. Era de Tarento, y en su patria le erigieron un monumento que se veia de muy lejos.

iii.—Pág. 105. Era una de las Galeras...
Véase el libro XVIII, y la nota XXIV del mismo libro.

iv.—Pág. 105. ¡Ah! ¡es preciso que Tarento haya conservado irritados á sus dioses...
Proponiendo un día á Marcelo que quitase de Tarento las estatuas, por haber sido infiel á sus juramentos, respondió:— Dejemos á los tarentinos sus dioses irritados.

v.—Pág. 105. Así pinta el cantor de Ilión.
Pluton sort de son trone; il palit, s'ecrie, etc.
BOILEAU.

vi.—Pág. 105. Así se eleva una encina, cuya copa toca al cielo...
Véase el *Exámen*.

vii.—Pág. 105. El *Mercurio* de Zonodoro, etc.
He escogido con preferencia, para descubrir las, las obras maestras que no existen ya en el día, y cuya lista he tomado de Plinio; únicamente me he permitido pintar según mi imaginacion el *Sátiro moribundo* de Protógenes, de quien la historia no nos ha conservado mas que el nombre.

viii.—Pág. 106. En un ángulo de esta sala veíase al *Apolo*... y en el... opuesto descollaba el grupo de Lacoonte...
Nosotros tenemos estas dos obras maestras. El Lacoonte se encontró en las ruinas de Termas ó del palacio de Tito.

ix.—Pág. Ya sabes que te amo...
Después de esta frase habia: «¿Es tan temible un amante?» Yo he hecho desaparecer esto por lo mucho que se asemejaba al estilo de novela. En general este pedazo se ha suavizado mucho. Después de la última palabra que termina el aparte, habia media página del mismo lenguaje amoroso, que he suprimido tambien por la razon indicada. Es suma felicidad para mí cuando puedo ser mas riguroso que los críticos.

x.—Pág. 106. Por medio de filtros y de encantamientos...
Después de estas palabras habia una respuesta de Cimodocea, que no era mas que una imitacion de dos versos de Otello: no me ha parecido bien conservarla, aunque ha sido alabada por la Harpe, y es digna ciertamente de alabanza.

xi.—Pág. 106. La sabiduría, joven demasiado amable...
Esto no es mas odioso que el lenguaje del *Hipócrita* (1). La filosofía, así como la religion, tiene tambien sus monstruos.

(Nota del traductor).

xii.—Pág. 106. ¡Morirá, si tú eres mia!
Repito que yo no he inventado esta horrorosa escena. ¡Ojalá no fuese mas que una fleccion!

xiii.—Pág. 107. Persigue.. á Cimodocea...
Después de estas palabras se leian unos siete renglones, en donde pintaba este pasaje de la escena de Hiérocles y de Cimodocea: he suprimido esta pintura, aunque esta supresion me ha hecho malograr una comparacion que siento mucho.

xiv.—107. Demodoco conoce á su hija.
Se ve que me he acordado de la historia de *Virginito*, contada por Tito-Livio de un modo tan peregrino.

(1) El *Tartufe*, comedia de Molière.

